

Necesitamos una Betania

El hábitat se hizo ruido. El silencio desapareció. Se rompieron las paredes de la intimidad, de la interioridad. Ya no escuchamos, gritamos. Nos volvimos sordos. Los espacios reservados al goce y al disfrute han roto todos los cánones de la simplicidad, de la sencillez para convertirse en multitud contagiada de velocidad-vértigo, de activismo y de todo aquello que rompe la mirada honda, el sigilo, la paz interior.

Jesús tenía sus momentos de retiro, de soledad en “música callada”, de encuentros soleados en la ternura, el afecto y en la palabra tatuada en el alma. Él, con su mirada honda, elaboraba la pasión por la amistad. Tenía la magia de conocer el corazón de sus interlocutores, sus silencios, sus imprudencias, sus lágrimas, sus alegrías. Y aún así, permanecía al pie de sus amigos como diciéndoles siempre: “Estoy aquí para Ti”.

Pero así mismo, como daba amistad, la necesitaba. Necesitaba de espacios de encuentro en los que la escucha de la palabra se volvía cátedra y el servicio multiplicaba los amores. Ese espacio íntimo se llama Betania. La Betania de sus amistades repletas de cariño, de sonrisas compartidas, de cicatrices sanadas y de manteles amplios que llenaban los rincones más íntimos del corazón.

De tarde en tarde tocaba las puertas de Betania: Cuando la multitud lo había atosigado de cansancio, de problemas, de angustias desbordadas en llanto y cansancio. Cuando quería estar a solas con sus discípulos, también amigos. Y allí en ese espacio y tiempo podía reencontrarse con el silencio y la paz. Era una invitación a que, de cuando en vez, buscáramos también nuestra propia Betania para el reencuentro y la construcción del Yo personal y comunal.

Cochabamba 17.07.22

jesús e. osorno g. mxy

jesus.osornog@gmail.com